

# Duerme, pequeña

Paula Castillo Suárez



3<sup>er</sup> Accésit 2025

**Duerme, pequeña**

**Paula Castillo Suárez  
(PREPRINT)**

## **Duerme, pequeña**

*Autora: Sofía Bonheur*

---

Una sombra se acerca a la puerta de la habitación de forma sigilosa. Lleva el pelo recogido en un moño alto del que salen mechones pequeños que no parecen pertenecer a ningún sitio y viste una camiseta ancha con un par de manchurroneos que adornan con cascadas el ya de por sí original estampado. Su olor me ha despertado y aprovecho para observarla en silencio. Las ojeras han apagado parte de su mirada, que recorre en este momento el pasillo buscando a alguien, y la fatiga se le acumula en la comisura de los labios haciendo que su expresión se asemeje a la de un payaso triste. ¿En qué pensará cuando se gire y vuelva a fijar sus ojos en mí?

Hace tiempo que dormimos pegados el uno al otro y, aunque ella no lo sospeche, escucho sus sollozos nocturnos y percibo el fuerte palpitar de su corazón cuando hago el más mínimo movimiento. La tensión de su cuerpo consigue traspasar los límites de nuestra cama y se convierte en un cordón que ahoga la habitación con la misma fuerza con la que el día acalla las voces desgarradoras de la noche. Una vez pasada la agitación inicial, la cuerda se afloja a nuestro alrededor y ella me envuelve en sus brazos con una ternura que contrasta con el rictus de dolor que se asoma por su rostro cuando me pego a su pecho. Pasados unos segundos, el silencio nos acuna y empezamos a mecernos en un delicado vals que desenreda, poco a poco, los nudos que nos encierran en esa nube de lluvia contenida. Sus dedos me rozan el pelo suavemente y una lágrima brota sin que ella haga nada por secársela. Yo soy el único que sabe que ella prefiere dejarla correr a apartar su mano de mi cabeza. Alguien ronca a nuestro lado. No estamos solos.

La mañana ha traído consigo el túnel de salida de las tinieblas. La música sigue sonando para nosotros, ahora con una melodía parsimoniosa. Yo la miro de lejos y sigo con embeleso su ir y venir del salón a la cocina, sintiendo de vez en cuando movimientos rápidos que van en mi dirección, tras los que vuelve a sus quehaceres con una tranquilidad transitoria. El día agita los cimientos de nuestra realidad y se empiezan a acumular bloques inesperados que van creando un muro entre ella y yo. Un sonido estridente brinca desde el bolsillo de su chaqueta. Ella saca el móvil, pega la cara a la pantalla y hace presión con el dedo un buen rato mientras le dice a alguien que no puede ocuparse del proyecto porque tiene otras cosas entre manos. Noto en su voz una leve decepción mezclada con culpa. Cuando termina de hablar, se queda un momento mirando la encimera de la cocina y, al levantar la vista hacia la pared de la cocina, exhala con vigor. Alguien grita desde el otro lado del pasillo:

—Cariño, me voy al trabajo. Ya sabes. Cualquier cosa, me llamas.

Ella le da un beso rápido y contempla inmóvil la escena que se desarrolla a continuación. Es como si estuviera en el cine y fuese una mera espectadora de los acontecimientos, con la indiferencia de quien se sabe inmune a lo ficticio y fuese a salir de la sala dejando atrás todo lo visto y escuchado. Una leve sensación de volatilidad se apodera de ella mientras él me da un beso en la cabeza y sale por la puerta para dar paso a una quietud breve que solo interrumpe mi llanto. Las manos de ella se apresuran a coger el chupete que ha caído al suelo en algún momento de ese lapso y me lo pone en la boca mientras acaricia una de mis mejillas. No me es suficiente, quiero que me coja en brazos, así que lloro con todas mis fuerzas y noto la urgencia desesperada en sus gestos. Me saca de la hamaca que con tanto cariño compraron los abuelos la última vez que vinieron y me arrulla lentamente mientras tararea una canción entrecortada. Volvemos a estar solos y ahora el muro que nos separaba nos rodea y se eleva hasta asfixiarnos. Puedo notar la zozobra y el cansancio trepar sin éxito por las paredes para caer una y otra vez en el centro del círculo en el que estamos los dos danzando al compás de la nada. Me voy adormeciendo y ella camina hacia la habitación, se sienta en la cama y se deja caer hacia atrás sin dejar de sostenerme firmemente entre sus brazos. Antes de que yo cierre los ojos por completo, los suyos empiezan a entornarse. La presión desciende y aterrizamos en una superficie acolchada que nos acoge libre de juicios y obligaciones. Ella se deja vencer por el sueño. Su rostro se relaja y yo me giro ligeramente para sentir su piel contra la mía. Silencio. Duerme, pequeña. Descansa, mamá.